

LA LEY DE CRISTO ES ESTRICTA

“Liberados del pecado, os habéis hecho esclavos de la justicia” (Rom 6,18)

En el pasaje del cual forman parte estas palabras, San Pablo insiste una y otra vez sobre la gran verdad que afirman: los cristianos no se pertenecen sino que están comprados con un precio, y al ser así, han venido a ser siervos, más aún, esclavos de Dios y de Su justicia, y por encima de haber sido rescatados del estado de naturaleza. El gran Apóstol no se contenta con decir la verdad a medias, no dice meramente que estamos liberados de la culpa y la miseria, sino que añade que hemos llegado a ser los siervos de Cristo, más aún, usa una palabra que propiamente significa *esclavos*. Los esclavos se compran y venden. Nosotros éramos por naturaleza esclavos del pecado y de Satanás. Somos comprados por la sangre de Cristo: no hemos cesado de ser esclavos. No pertenecemos más, por cierto, a nuestro antiguo amo, pero tenemos un amo, a menos que al ser comprados esclavos vengamos a ser hombres libres. Somos aún esclavos, pero de un nuevo amo, y ese amo es Cristo. No nos ha comprado y luego soltado en el mundo, sino que ha hecho por nosotros lo que solamente podía completar Su primer beneficio: nos ha comprado para ser Su siervos o esclavos. Nos ha dado esa sola libertad que es realmente tal, vínculo de servicio a El, para que no volviéramos a caer en la cruel esclavitud de la que nos redimió, como ciertamente pasaría si nos dejara a merced de nosotros mismos. Pero de todos modos, cualesquiera sean las consecuencias que se sigan, las ventajas, las pruebas, no cesamos de ser esclavos al ser liberados de Satanás. Sino que estamos sujetos a un nuevo Amo, a Aquel que nos compró.

Es necesario insistir en esto, pues muchas personas que no dejan de confesar que son esclavas por naturaleza, por alguna causa u otra han aprendido a pensar que nos están ligados a ningún servicio real ahora que Cristo los ha liberado. Ahora bien, si por la palabra *esclavitud* se entiende algún estado de sufrimiento cruel y miserable, como suelen infligir en sus esclavos los amos humanos, ciertamente que en ese sentido los cristianos no son esclavos, y la palabra está impropriamente aplicada a ellos. Pero si por esclavos se entiende que no podemos desechar nuestro servicio, cambiar nuestro lugar, y hacer lo que queremos, en ese sentido es literalmente verdad que somos más que siervos de Cristo, somos esclavos, como realmente dice el texto. Los hombres hablan a menudo como si la perfección de la felicidad humana estuviera en ser libres de hacer o no hacer, de elegir o rechazar. Ciertamente somos libres de este modo en cuanto que si no elegimos ser siervos de Cristo volvemos para atrás a esa vieja esclavitud de la cual El nos ha rescatado, a ser nuevamente esclavos de los poderes del mal. Pero sin bien somos libres de empeorar nuestra situación, no somos libres de estar sin alguna clase de servicio o empleo. No está en la naturaleza del hombre estar fuera de todo servicio y ser autodependiente. Podemos elegir a nuestro amo, pero debemos servir a Dios o a mamón. Nos es imposible quedar en un estado neutral o intermedio. Tal estado no existe. Si no queremos ser siervos de Cristo lo somos al instante de Satanás, y Cristo nos liberado de Satanás solo para hacernos Sus siervos. El reino de Satanás linda con el de Cristo, el mundo con la Iglesia, y nosotros dejamos de ser propiedad de Satanás al llegar a ser propiedad de Cristo. No podemos estar sin amo; tal es la ley de nuestra naturaleza, Sin embargo, como he dicho, algunas personas pasan por alto esto y piensan que su libertad cristiana consiste en ser libres de toda ley, aún de la ley de Dios. Tal error parece haber

existido en los tiempos de San Pablo, y es señalado en el capítulo que nos ocupa. Los hombres parecen haber pensado que como la ley del pecado fue anulada, y los terrores de la ley de la naturaleza removidos, entonces no estaban en absoluto bajo ninguna ley, que su propia voluntad era su ley, y que la fe se colocaba en vez de la obediencia. Oponiéndose a este error, San Pablo recuerda en el texto a sus hermanos que cuando “fueron liberados del *pecado*, llegaron ser siervos de la *justicia*”. Y también dice, “el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley”, es decir, la ley de la naturaleza, “sino bajo la gracia”, o (como dice en otro lugar), “la ley de la fe”, o “la ley del Espíritu de vida”. No estaban sin amo, sino que tenían uno bueno y generoso.

Dice lo mismo en otras Cartas, por ejemplo, “el que era libre cuando recibió la llamada” (es decir, libre en lo que respecta a este mundo), “es un siervo de Cristo” o esclavo. “Habéis sido bien comprados. No os hagáis esclavos de los *hombres*” (1 Cor 7, 22.23), es decir, sed esclavos de Cristo. Después de decir, “esclavos, obedeced en todo a vuestros amos de este mundo”, agrega, “pues el Amo a quien servís es Cristo” (Col 3,22.24). En otro lugar habla de sí mismo como “Pablo, siervo “, o esclavo, como el mundo entiende realmente, “de Cristo Jesús” (Rom 1,1), y también “no estando yo sin ley de Dios sino bajo la ley de Cristo” (1 Cor 9,21).

Entonces, la religión es un servicio necesario. Es un privilegio también, por supuesto, pero llega a ser cada vez más un privilegio cuanto más nos ejercitamos en ella. El estado cristiano perfecto es aquel en el cual nuestro deber y nuestro placer son lo mismo, cuando lo que bueno y verdadero es natural a nosotros, y “es perfecta libertad el servicio” de Dios. Y este es el estado hacia el cual todos los verdaderos cristianos tienden, es el estado en el cual se encuentran los ángeles, en el que la entera sujeción a Dios en el pensamiento y el obrar es su felicidad, en el que una completa y absoluta cautividad de su voluntad a la Suya es su plenitud de gozo y vida eterna. Pero no es así con lo mejor de nosotros, excepto en parte. Ciertamente, por nuestra regeneración tenemos una semilla de verdad y santidad sembrada en nosotros, una nueva ley introducida en nuestra naturaleza, pero aún tenemos que dominar esa vieja naturaleza, “el hombre viejo, que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias” (Ef 4,22). Esto es, tenemos un trabajo, un conflicto a través de toda la vida. Tenemos que dominar y someter todo lo que somos, todo lo que hacemos, expulsando todo desorden e insubordinación, enseñando y señalando a cada parte de nosotros, alma y cuerpo, su debido lugar y obligación, hasta que seamos totalmente de Cristo en la voluntad, los afectos y la razón, como lo somos por confesión. En palabras de San Pablo, “deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios y reducimos a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo” (2 Cor 10,5).

Ahora bien, debe parecer que estado diciendo lo que todos quieren confesar en seguida. Y sin embargo, después de todo, nada es quizás más raro entre aquellos que profesan ser cristianos, como un asentimiento en la práctica a la doctrina de que están bajo la ley. Nada es tan raro como la estricta obediencia, la sumisión sin reservas a la voluntad de Dios, la conciencia uniforme en cumplir con su deber, como unos pocos ejemplos lo mostrarán en seguida.

Muchos cristianos aceptarán en términos generales que están bajo una ley, pero después la admiten con reserva, clamando para ellos algún poder para dispensar su observancia. Lo que estoy diciendo es bastante independiente de la pregunta ¿cuál es el *nivel* de obediencia que cada hombre se propone? Uno pone la línea de su deber más alto

que otro. Algunos hombres tienen una concepción reducida del mismo, confinándolo a una mera moralidad personal. Otros lo confinan a sus obligaciones sociales. Otros lo limitan por alguna ley convencional que es aceptada en clases o círculos particulares. Otros incluyen las observancias religiosas. Pero ya sea que los hombres tengan una concepción de la ley alta o reducida, amplia o estrecha, hay pocos que hacen de ella una regla para sí mismos, pocos que se aten a su noción de la misma, cualquiera sea, pocos los que siquiera profesen actuar de acuerdo a ella uniforme y consistentemente. Inquirid a la multitud de los hombres tal como los encontraréis en el mundo y hallaréis que todos consideran aceptable ponerse bajo la ley a veces, aún de acuerdo a su propio nivel, hacer excepciones y reservas como si fueran soberanos absolutos de su conciencia y tuvieran poder de dispensar en ocasiones.

¿Cuál es el tipo de hombre a quien el mundo considera respetable y religioso en un alto o bajo nivel? En el mejor de los casos es tal como éste. Tiene un número de buenas cualidades en su carácter, pero algunas son por naturaleza, y si otras han sido adquiridas con trabajo es o porque ha habido circunstancias externas que le han exigido adquirirlas o porque ha tenido por naturaleza algún principio activo dentro suyo, de la clase que sea, que ha obrado de suyo y arrastrado a otros, gobernándole. Ha adquirido un cierto dominio de sí porque nadie es estimado si ello. Se ha visto forzado a tener hábitos de diligencia, puntualidad, precisión y honestidad. Es cortés y atento, y ha aprendido a no decir todo lo que piensa o siente, a no hacer todo lo que quiere en toda ocasión. El grueso de los hombres están lejos, por supuesto, de poseer tantas cosas verdaderamente dignas de elogio como estas, pero estoy suponiendo el mejor de los casos., es decir, que el carácter y la situación de un hombre sea tales que solo de vez en cuando sienta inclinación o interés de oponerse a su deber. Semejantes momentos constituyen su prueba, no hay nada que le impida servir a Dios de modo ordinario, pero la prueba de su sinceridad está en la conducta que tenga esas ocasiones extraordinarias. Este es el punto al que quiero prestar atención, pues estas mismas ocasiones, que son sus únicos momentos de prueba, son precisamente en las cuales puede considerar que tiene permiso para dispensarse de la ley. Se dispensa de ella en esos mismos momentos en que es simplemente la ley de Dios, sin ser también la ley de sí mismo y del mundo. Hace lo que está bien mientras el camino de la religión recorre el camino del mundo. Cuando se separan algún tiempo, elige el mundo, y llama excepción a su elección. Hace lo que está bien noventa y nueve días pero en el centésimo día hace el mal a sabiendas y voluntariamente, y aunque no se justifique al menos se absuelve a sí mismo.

Por ejemplo, viene *generalmente* a la iglesia, es su *práctica*, pero algún negocio urgente lo presiona a cierta hora, o lo tienta algún plan placentero, y no viene. Sabe que está mal, y lo dice, pero, al fin de cuentas, es solo una vez. O bien, es estrictamente honesto en sus acciones, dice la verdad, es decir, es su norma hacerlo, pero si lo presiona algo penoso se permite de vez en cuando una mentira, particularmente si es una leve. Sabe que no debería mentir, lo confiesa, pero piensa que no hay más remedio, que es inevitable en ciertas circunstancias por ser el único modo que tiene de escapar de alguna gran dificultad. En *semejante* caso, como dice, todo está bien, y entonces a terminar de una vez. Es decir, en el caso en que debe o desobedecer a Dios o incurrir en alguna desventaja temporal. O bien, ha aprendido a frenar su temperamento y su lengua, pero ante alguna provocación inusual, se logra de él lo mejor. Se enoja, dice lo que no debería, quizás maldice y blasfema. ¿No están todos los hombres sujetos a sobrepasarse con enojos y mal carácter? Pero ese no es el punto. El punto es este: que él no siente compunción después, no siente que haya hecho nada que necesite perdón. Al contrario,

se defiende ante sí mismo, con el pretexto de que tal lenguaje es muy *inusual* en él. No comprende que está bajo la ley, que no puede ponerse por encima, que no puede dispensarse. O bien, es sobrio y templado en general, pero se encuentra en una fiesta de amigos y está alegre, y está tentado a excederse. Al día siguiente dice que hacía mucho tiempo que no le pasaba algo así, que no es su forma de ser en absoluto, que apenas toma vino o cosas por el estilo cuando está acompañado. No entiende que tenga algún pecado de que arrepentirse porque, al fin de cuentas, es solo una vez.

Y ahora, supongo que vosotros entendéis lo que quiero decir, y no necesito decir más para explicar. Tales hombres que son indulgentes consigo mismos lo son unos con otros, y hacen concesiones con todos los que los rodean, tomando lo que dan libremente. Este es el secreto de ser amigos del mundo, de tener simpatía y participación en sus pecados. Los que son estrictos consigo mismos lo son con el mundo, pero cuando los hombres se conceden cierta licencia para desobedecer no ponen el límite muy rígidamente en los demás. Concientes de lo que debería decirse contra ellos, son cautelosos en lo que dicen de otros, y se encuentran con ellos en base a un entendimiento de mutua tolerancia. Aprenden a decir que los hábitos privados de sus vecinos no les conciernen, y mantienen relación con ellos solo como hombres públicos, o miembros de la sociedad, o por razón de negocios, en absoluto como seres responsables que tienen almas inmortales. No desean ver ni saber nada sino lo que está en la superficie, y llaman sagrada a la historia personal de un hombre porque es pecaminosa. A sus ojos, el único deber para con su vecino es no ofenderle. No le importa cual sea su moral, ni su credo. Así son en la madurez y adultez de la vida. En la juventud son flexibles e indulgentes, están prontos para aprobar los caminos del mundo en la medida en que ellos mismos los transitan. Son y se precian de ser agradables, de buen humor y sociables. No tienen malos principios ni están mal dispuestos ni son flagrantemente irregulares, pero son laxos. No viven según una norma en ningún sentido. Tienen elevados espíritus y toda la afabilidad natural que la juventud tiene que mostrar, y en general van bien, pero como no tienen raíz en sí mismos, cualquier accidente dentro o fuera, la agitación de una pasión o la incitación de un amigo, los desvía bruscamente al instante. Se desvían y tienen poca compunción después, se olvidan. Retroceden ante la idea de estar bajo la ley y piensan que la religión pesimista la impone. Les gusta su propio camino, y sin ningún gran pecado extremo, o al menos ningún hábito de pecado, lo siguen. Son ordenados y se comportan bien cuando están entre gente que lo hace, por ejemplo en el hogar, pero son indulgentes fuera cuando la tentación les aparece en el camino. Tienen el mundo a voluntad, son libres, ¡oh qué melancólica libertad!, pero libertad en cierto sentido.

Un hombre religioso debe apartar sus ojos de lo que inflame su corazón, recordando la advertencia de nuestro Salvador, pero un hombre de mundo piensa que no hay ningún mal en mirar donde no debería porque no va más allá. Un hombre religioso vigila sus palabras, pero el otro profiere lo que le incita su corazón y se excusa del lenguaje profano con el argumento de que no quiere decir nada. Un hombre religioso tendrá escrúpulos acerca de su sociedad, pero el otro toma parte en bromas y excesos, condenándolos mientras los comparte, pero no a sí mismo por tomar parte, y despreciando a aquellos con quienes los comparte. Puede ver la vida, como se dice. Puede estar entre todo tipo de gente pues no tiene ningún ceremonial molesto, ninguna regla religiosa que le ponga trabas. Quizá viaja al exterior y entonces por un tiempo se considere como disfrazado, como persona desconocida en países desconocidos, y se permita adherir a todo lo bueno y lo malo, tal como venga. O bien, su situación puede ser tal que se halle ocupado en los que llaman política, y entonces piensa que aunque la

verdad y la religión son ciertamente imponentes e importantísimas, el mundo no puede ir adelante, los negocios públicos estarían parados, los partidos políticos serían incapaces de actuar, todo lo que él realmente ama y venera llegaría a ser un asunto secundario, si la religión rehusara ceder aún en tan poca cosa en todo momento. Un hombre religioso se conduce según su religión durante el día, pero las personas laxas harán en privado muchas cosas que no desearían que se sepan. Se extralimitarán, si pueden hacerlo sin ruido. Romperán compromisos cuando se trata de un inferior. Serán curiosos y entrometidos si tienen tiempo, hablarán contra otros y difundirán escándalos. Se meterán en cosas que no les conciernen, de acuerdo a su situación en la vida. Escucharán donde no tienen derecho a escuchar. Leerán lo que no tienen derecho a leer. Se permitirán pequeños robos donde piensan que no hacen daño, excusándose sobre la base de que nunca se notará la falta de lo que toman. En asuntos de comercio, piensan que cierto grado de juego doble es admisible y no deshonesto. Argumentan consigo mismos como si su negocio no debiera ser verdadero y justo, sino asunto de los otros informarse que lo sea, y como si el fraude y la trampa no implicaran pecado en una de las partes, sino torpeza en la otra. Piensan que no hay perjuicio en asumir una apariencia de vida humilde, en profesar lo que no es estrictamente verdadero si van a ganar algo con ello, en colorear una historia, o fingir ser más religioso de lo que son, o pretender estar de acuerdo en religión con personas de las que esperan algo, o empezar a practicar una religión si es de su interés hacerlo, o profesar dos o tres religiones al mismo tiempo cuando se debe dar alguna limosna u otro beneficio.

Estos pocos rasgos, tomados entre muchísimos otros, definen una religión fácil, la religión del mundo, que compartiría la suerte de la verdad cristiana si no fuera tan verdaderamente estricta, y disputa con ella y sus defensores, no porque no sea buena y recta, sino porque es tan inflexible, porque no se acomoda a momentos y emergencias y a las aficiones y gustos privados y ocasionales de los individuos. Esta es la clase de religión de la cual San Pablo virtualmente nos previene a menudo cuando habla del Evangelio como una ley y servidumbre reales. Ciertamente se gloría en que sea así, pues así como la felicidad de todas las criaturas reside en realizar bien la parte que les toca allí donde Dios las ha puesto, así el bien más grande del hombre reside en obedecer a la ley de Dios y en imitar las perfecciones de Dios. Pero el Apóstol sabía que el mundo no pensaría así, y por eso insistió. Por esta razón insiste en la necesidad de “*cumplir* la justicia de la ley” (Rom 8,4), cumpliéndola porque hasta que no aspiremos a obedecer en todas las cosas completamente y sin reservas no seremos del todo verdaderamente cristianos. De aquí que Santiago diga que “quien observa toda la Ley pero falta en un solo precepto se hace reo de todos” (St 2,10). Y nuestro Salvador nos asegura que “el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos” y que “si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos”, que era parcial y circunscripta, “no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt 5,19-20). Y cuando el joven se acercó a El diciendo que había guardado todos los mandamientos y preguntando qué le faltaba, El le señaló “una cosa” que se le pedía, al no completar su obediencia en esta sola cosa, yéndose triste, como si toda su obediencia en otros puntos de nada le sirviera, Cristo agregó, “¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios” (Mc 10,20-23).

No nos engañemos, pues, a nosotros mismos. Lo que Dios pide de nosotros es cumplir Su ley, o al menos aspirar a cumplirla, no contentarnos con menos que la perfecta obediencia, intentar todo, valernos de los auxilios que se nos dan, y arrojarnos en la misericordia de Dios por nuestros defectos, no al principio sino después. Se que

esta es una doctrina sobrecogedora cuando se la escucha por primera vez, y tanta repugnancia sienten nuestros corazones que algunos hombres intentan incluso sostener que es una doctrina no cristiana. Un recurso abandonado, por cierto, con la Biblia refiriéndose al mismo en sus afirmaciones sobre la puerta estrecha y la senda angosta. Aunque los hombres de buena gana se acogerían a él si pudieran, arguyen que toda aplicación de la religión como servicio de obligación es erróneo, o legal, como lo llaman, y que ninguna observancia es buena sino la que procede del impulso, o de lo que llaman corazón. De buena gana aprobarían que la ley no nos ata porque Cristo la ha cumplido, porque, como es el caso, la fe sería aceptada en vez de la obediencia en aquellos que no hayan tenido todavía tiempo la comenzar a cumplirla.

Tales personas apelan a la Escritura y deben ser refutadas desde la Escritura, lo cual no es difícil, pero la multitud de los hombres no se hacen mucho problema sobre el asunto. En vez de profesar descubrir lo que Dios ha dicho, toman lo que llaman un punto de vista de sentido común. Mantienen que es imposible que la religión sea realmente tan estricta de acuerdo al designio de Dios. Condenan la idea como fatigosa y hosca. Profesan admirar y tener gusto por la religión en conjunto, pero piensan que no debería innecesariamente ejercer presión en detalles, o, como dicen, ir demasiado lejos. Protestan solo de su particularidad, si puedo usar esta palabra, o su deseo de indulgencia y consideración en cosas pequeñas, en otras palabras, quieren religión antes de tener experiencia de ella, en perspectiva, a distancia, *hasta* que tengan que ser religiosos. Les gusta hablar de ella, les gusta ver hombres religiosos, piensan que es muy recomendable e importante, pero no les gusta la religión que directamente les hace dar cuenta de cosas concretas de cualquier clase. Les basta haberla visto y alabarla. La sienten una carga cuando la sienten del todo, cuando los llama a hacer lo que de otro modo no hubieran hecho.

En una palabra, el estado de las multitudes es este: sus corazones van por el camino equivocado, y su queja real con la religión, si se conocen a sí mismos, no es que sea estricta, o absorbente, o imperativa, ni que vaya demasiado lejos, sino que *es* religión. Es religión en sí lo que por naturaleza nos disgusta a todos, no meramente el exceso. La naturaleza tiende a la tierra, y Dios está en el cielo. Si quiero viajar al norte y todos los caminos están trazados al este, protestaré por supuesto contra los caminos. No hallaré nada sino obstáculos, tendré que superar valles, cruzar ríos, y dar vueltas en torno, y fallar después de todo en mi meta. Tal es la conducta de los que no son suficientemente enérgicos para dedicarse a profesar la religión, y desean aún servir al mundo. Tratan de llegar a Babilonia por caminos que van hacia el monte Sión. ¿No veis que necesariamente se encontrarán con estorbos, travesías, decepciones, y fracasos? Van milla tras milla, esperando ver en vano las torres de la ciudad de la Vanidad, porque están en el camino equivocado, y no queriendo reconocer lo que están buscando realmente, echan la culpa al camino como tortuoso y fatigoso. Acusan a la religión de interferir con lo que consideran sus inocentes placeres y deseos. Pero la religión es esclavitud sólo para aquellos que no tienen corazón para gustar de ella, que no se han vaciado en su molde.

De acuerdo a esto, en el versículo anterior al texto que comentamos, San Pablo da gracias a Dios de que sus hermanos hayan “obedecido de *corazón* a aquel *modelo* de doctrina al que fueron entregados” (Rom 6,17). Nosotros, los cristianos, somos hechos según un cierto molde. En la medida en que permanezcamos dentro no nos daremos cuenta de que es un molde o tiene una forma. Es cuando nuestros corazones quieren

desbordarse en alguna mala dirección cuando descubrimos que estamos limitados, y nos consideramos en prisión. Es la ley en nuestros miembros en lucha contra la ley del Espíritu que nos introduce en una esclavitud penosa. Veamos, pues, dónde estamos y lo que tenemos que hacer. El cielo no cambia. En Dios “no hay variación o sobra de cambio”. Su “palabra dura para siempre en los cielos”. Su ley es por los siglos de los siglos. *Nosotros* debemos cambiar. *Nosotros* debemos pasarnos del lado del cielo. Nunca un alma ha tenido verdadera felicidad si no es en conformidad con Dios, en obediencia a Su voluntad. Debemos llegar a ser lo que no somos, aprender a amar lo que no amamos, y entrenarnos en lo que es dificultoso. Debemos tener la ley del Espíritu de vida escrita y establecida en nuestros corazones, de modo “que la justicia de la ley pueda ser cumplida en nosotros” y que podamos aprender a agradecer y amar a Dios.

Por último, así como algunos hombres defienden su deseo de estrictez en lo que consideran la autoridad de la Escritura, y otros, la mayoría, tratan de persuadirse de que la religión no puede realmente ser estricta, cualesquiera sean las expresiones o afirmaciones fuertes que puedan hallarse en la Escritura, hay otros que toman una dirección más cándida pero más osada. En vez de dar excusas, como las que he considerado, admiten francamente el hecho y luego continúan recomendándolo como argumento válido contra la religión en conjunto. En vez de profesar que gustan de la religión *menos* su servicio, descaradamente objetan que la religión es en conjunto antinatural, y por lo tanto no puede ser de nuestra incumbencia. Dicen que está muy bien para sus ministros y maestros establecer una doctrina elevada, pero que los hombres son hombres, y que el mundo es el mundo, y que la vida no puede ser una carga, y que Dios nos envió aquí para gozar, y que El nunca querrá castigarnos en el más allá por seguir la ley de nuestra naturaleza. Respondo que sin duda la vida debe ser para el gozo, pero ¿porqué no gozo en el Señor? Debemos seguir la ley de nuestra naturaleza, pero ¿porqué de nuestra vieja naturaleza y no de la nueva? Si estuviéramos ciertamente en el estado de nuestra primera naturaleza, bajo la culpa y la corrupción de nuestro nacimiento en pecado, entonces este argumento podría ser recomendado especiosamente, aunque, por supuesto, no concluyentemente. Pero ¿cómo se aplica a los cristianos? Ahora que Dios ha abierto las puertas de nuestra prisión y nos ha introducido en el Reino de Su Hijo, si los hombres son aún hombres carnales, y el mundo es un mundo de pecado, y la vida de los ángeles una carga, y rige la ley de nuestra naturaleza y no la ley de Dios, ¿de quién es la culpa?

Los cristianos estamos ciertamente bajo la ley como otros hombres, pero, como ya he dicho, es la nueva ley, la ley del Espíritu de Cristo. Estamos bajo la gracia. Esa ley, que para la naturaleza es una esclavitud dolorosa, es para aquellos que viven bajo el poder la presencia de Dios lo que debe ser, regocijo. Entonces, cuando sentimos repugnancia de servir a Dios, cuando surgen pensamientos en nuestro interior como si El fuera un duro Maestro, y Sus promesas no son suficientemente atractivas para compensar lo estricto de Sus mandamiento, recordemos que al ser cristianos no de la carne sino del Espíritu, y actuemos en base a esta convicción. Vayamos a El en busca de la gracia. Busquemos Su rostro. Vengamos adonde El da la gracia, a los medios de gracia en los que Cristo da Su Santo Espíritu para hacernos capaces de realizar eso que por naturaleza no podemos, y ser “esclavos de la justicia”. Aquellos que piden Su ayuda salvadora para cambiar sus simpatías y antipatías, sus gustos, sus puntos de vista, sus deseos, sus corazones, no obtendrán ciertamente todo lo que buscan de inmediato, no lo obtendrán ya pidiéndolo, no *verán* que lo obtienen hasta que lo obtengan. Pero si vienen a El continuamente, día tras día, si vienen humildemente, si vienen con fe, no como prueba de

cuánto gustarán del servicio de Dios, sino arrojando, tanto como sea posible, todo su corazón y toda su alma en el cumplimiento de sus deberes como un sacrificio a El, si vienen no buscando un signo sino determinados a continuar buscándole, honrándole, sirviéndole, confiando en El, ya vean o no la luz, sientan o no consuelo, discernan o no su crecimiento, tales hombres *obtendrán* aunque no lo sepan, encontrarán mientras todavía estén buscando, y antes que llamen El les responderá y se encontrarán salvados al fin maravillosamente, para su sorpresa, no saben cómo, y cuando sus coronas parecían aún distantes. Dice el profeta: “A los que esperan en el Señor, El les renovará el vigor, subirán con alas como de águilas, correrán si fatigarse y andarán sin cansarse” (Is 40,31).